

La intimidad religiosa de Unamuno: Relación con Kierkegaard y W James

por Antonio Sánchez Barbudo

textos seleccionados

Quizás la angustia no fue en Unamuno, muchas veces, sino repetición de frases una vez apasionadamente sentidas; aunque en otras ocasiones sintiera ahondarse el dolor al escribir de él, expresándolo, o que crecía la esperanza al afirmarla. Mas en todo caso siempre habrá en Unamuno -siempre hay, desde luego, - como fondo, el eco de ciertos Instantes, "crisis religiosas" si así pudieran llamarse, que él vivió una vez intensamente.

Fueron sobre todo crisis de dolor, caídas al vacío, al fondo de sí desde el Unamuno externo, "el de la novela" o leyenda, como él mismo nos dice; desde el Unamuno que representaba el papel de Unamuno. Pero en algunas ocasiones, como le ocurrió -que sepamos- en la primavera de 1897, del dolor sintió nacer vivísimo anhelo de salvación -lo cual supone algo más que un simple no querer morirse, - como un primer movimiento de la fe que quisiera levantarse, brotado, precisamente, de lo hondo de la pena misma. Anhelo tan grande que Unamuno pudo llegar a confundir con la verdadera fe, aunque pronto se desengañase. Del recuerdo de ese momento, y a menudo con ese engaño, creo brota gran parte de lo esencial en la obra de Unamuno. De esas otras íntimas experiencias, de dentro de él: pero también de Kierkegaard, de W. James y otros que desde fuera, en forma de libros, le llegaban.

Precisemos primero que dolor y anhelo de Dios no constituyen por sí mismos una firme creencia. Son tan solo base necesaria, si acaso, como creía Kierkegaard, para el "salto" de la fe. Mas para todo salto hace falta la gracia. Kierkegaard -lo mismo que luego Unamuno- no creía en el poder de la razón para acercarnos a Dios, y por eso buscaba por el camino de la angustia. Mas incluso aquellos -como los católicos- que insisten en que la luz natural de la razón no puede ser rechazada como base para un cierto conocimiento de Dios, admiten, siguiendo a Santo Tomás de Aquino, que un conocimiento más íntimo que el que pueden ofrecer, por ejemplo, las famosas pruebas racionales de la existencia de Dios -que Unamuno, como tanto otros, ponía en tela de juicio, - un conocimiento más entrañable, como el que buscaba Unamuno y buscan todos aquellos que en verdad ansían a Dios, sólo puede obtenerse gracias a una luz sobrenatural, a la ayuda divina.



Unamuno por Vázquez Díaz

Mas allá, pues de la angustia y el anhelo, como más allá de la razón, queda entre Dios y el hombre un abismo que salvar; y Unamuno nunca pudo salvarlo, nunca pudo dar el salto.

Veamos ahora como la experiencia íntima de Unamuno y otras extrañas se funden en su obra, produciendo ello a veces gran confusión. El no dio el "salto", pero en ocasiones, leyéndole, diríase lo había dado. En *Vida de don Quijote y Sancho*, por ejemplo, escribe: "En esa angustia, en esa suprema congoja del ahogo espiritual, cuando se te escurran las ideas, te alzarás en vuelo congojoso, para recobrarlas al conocimiento substancial." Me parece hay motivos fundados para creer que al escribir esto Unamuno recordaba la experiencia suya de 1897, (1) aunque sublimándola, ya que parece seguro él no se elevó nunca hasta el "conocimiento substancial."

Por otro lado esta frase, además de los místicos, recuerda, como otras muchas en la misma obra, a Kierkegaard. Y no es aislada, sino que expresa todo el espíritu del libro; a lo que éste tiende: elevar la lucha quijotesca a una esfera religiosa. Expresa a Unamuno, pero resume también a Kierkegaard, el cual nos dice que desde lo profundo de la desesperación se abre la esperanza, una posibilidad de salvación, por absurda que ésta sea, ya que “con Dios todas las cosas son posibles.” Dios es “lo posible” y a Él acudimos cuando el dolor, la “infinita resignación” nos ahoga. Alcanzamos pues el “absurdo” -y sabido es que para Kierkegaard el “absurdo” es la fe cristiana- sólo si hemos sentido ardientemente su necesidad. Y por eso Kierkegaard, lanzado a una fantasía que arrancaba de lo hondo de sí mismo, para expresar su idea, clave luego de toda su obra, en uno de sus primeros libros imagina un “caballero de la fe” el cual “reconoce la imposibilidad y en el mismo instante cree el absurdo.”

Quien conozca a Unamuno verá inmediatamente que todo lo anterior de Kierkegaard recuerda mucho a *Del Sentimiento...* pero también el Quijote de Unamuno “que era, en el fondo, un desesperado” como nos dice su autor. La influencia de Kierkegaard en Unamuno es más grande y más concreta de lo que se ha insinuado.

Mas no deja de ser indudable que el libro en cuestión le brotó a Unamuno del alma: esa lucha por la fe, ese quijotismo romántico, si son de Kierkegaard, son también, y sobre todo, del propio Unamuno. En *Vida de don Quijote y Sancho*, 1905, se funde admirablemente todo cuanto Unamuno sacó de sí y todo cuanto tomó -y no es poco- de Kierkegaard, James y otros, por no hablar ya de Cervantes. Unamuno tal vez encontró en Kierkegaard la idea de su obra, pero si fue así, ello sería en todo caso por lo mucho que de sí mismo esa idea encerraba. Como Unamuno dijo, y por esa época, no todos pueden plagiar recreando lo plagiado. Unamuno era kierkegaardiano en más de un aspecto desde antes de 1900, cuando se disponía a leer a Kierkegaard, y por eso pudo descubrirlo antes que muchos.



Algo de lo que hemos indicado sucede siempre en toda la obra de Unamuno, pero no siempre es perfecta la fusión de lo íntimo y lo extraño o pasajero. El glosa a menudo ideas de otros y se deja arrastrar por momentáneas impresiones, revelándose así muchas veces, cierto es, pero falseándose no pocas. En bastantes ocasiones escribió demasiado “a lo que salga”; y se repitió en seco excesivamente. Por todo ello, corrió tantas veces se ha advertido, aquí Unamuno parece una cosa, y decir una cosa, y allí lo contrario. Mas sin embargo, en conjunto, la obra de Unamuno le revela plenamente con todas sus grandezas y defectos.

Y en lo que se refiere a lo religioso -lo esencial en él- lo que su obra revela a una primera lectura atenta y sin manías es lo que luego viene a revelar un estudio más cuidadoso; y ello coincide con todo cuanto hasta ahora sabemos de su vida íntima espiritual. Ello es algo que parece obvio, pero sobre lo que se ha levantado gran confusión, y se trata de aclarar: Unamuno no creía, no creyó nunca, salvo en la niñez; no alcanzó nunca la fe que buscaba. Quiero decir fe en un Dios objetivo y no sólo interior, un Dios existente por encima de nosotros que pudiera salvarnos de la muerte. Porque anhelar no es creer.

(1) Una noche Unamuno se revolvió en su cama inquieto, angustiado: su esposa, que le oía hacia rato gemir, exclamó al fin abrazándole: “¡Qué tienes, hijo mío!”. Al día siguiente Unamuno, buscando fe, se recluyó en un convento de dominicos. Pero salió a los tres días...

El mismo Unamuno hizo esta confidencia a un amigo, que la reveló en 1938 en un artículo del que se ha hecho muy poco caso. Las cartas. *Nicodemo el Fariseo* y otros escritos, sin embargo, comprueban plenamente que todo ello fue verdad. Durante algunos meses Unamuno creyó haber recobrado la fe..

Pues bien, líneas después de la frase antes citada, Unamuno escribe: “Hay quien no descubre la hondura toda del cariño que su mujer le guarda sino al oírlo, en momentos de congoja, un desgarrador ¡hijo mío!, yendo a estrecharlo maternalmente en sus brazos.”

Unamuno nunca logró las mallas de ese subjetivismo religioso en que, después de 1900, agarrándose a un clavo ardiente, fue a caer; debido a sus lecturas de Harnack, W. James y Kierkegaard entre otros, pero debido sobre todo a que había perdido la verdadera fe y no se conformaba.

Todas sus lecturas le llevaban al inmanentismo, independientemente de lo que esas obras de W. James u otros, que devoraba, en verdad representasen. Por ello es difícil precisar, y no se ha hecho todavía, en que consisten realmente las influencias a que tanto se alude.

The will to Believe, por ejemplo, de James, tiene en verdad poco que ver con él "querer creer" de Unamuno, aunque éste mismo nos induzca a la confusión. En Unamuno ese anhelo no tiene carácter básicamente pragmático. Si Unamuno quiere creer, es para salvarse en la otra vida, no para vivir mejor en ésta, para obrar, etc. En *Del sentimiento... to...* nos dice claramente que si la "incertidumbre" puede ser base de acción y, pragmáticamente, quedaría así "justificado tal sentimiento," no es que él lo busque por esto, sino que lo encuentra previamente aunque luego reconozca que puede ser base de acción. Es decir que el pensamiento de Unamuno es primordialmente religioso, no pragmático, al contrario que en James. Unamuno se interesaba por el fondo religioso que él creía, a pesar de todo, y probablemente no sin razón, ver siempre en "el hombre James", y quizás por simpatía hacia él acepta a veces una actitud pragmática que luego se ve obligado a rechazar.

En todo caso parece evidente que el concepto pragmático de la verdad, que Unamuno adopta sobre todo en *Vida de don Quijote* y Sancho, aplicado a lo religioso le inducía al inmanentismo. Como le inducían sus lecturas de teólogos del protestantismo liberal, Harnack y otros, a cuyas doctrinas pareció en algún momento adherido, aunque pronto se sintiera insatisfecho, él, tan ansioso de inmortalidad, con el carácter más ético que escatológico de éstas. Mucho de protestante -entendido el protestantismo sobre todo como inquietud espiritual- y algo de pragmatista (pragmatismo que, aunque sea de modo melancólico, ve-

mos resurgir, por ejemplo, en *San Manuel Bueno, Mártir*) quedó siempre en Unamuno. Mas ese carácter trágico que la "verdad subjetiva" adquiere en él, ese carácter religioso, no se debe tanto a W. James como al propio Unamuno, o a Kierkegaard.

En la obra que más influyó en Unamuno (*Concluding Unscientific Postscript*, traducción Swenson-Lowrie, en la edición americana), Kierkegaard se ocupa del problema de la apropiación personal de la verdad cristiana, del "problema subjetivo" y no, advierte él mismo, del objetivo, del problema de "la verdad del cristianismo." Unamuno le sigue por la senda de angustia que éste señala, busca a Dios por esa interior vereda, camino de acercamiento a través del dolor y el anhelo; pero con menos fe que el danés, y necesitando sin embargo ese Poder Supremo que pudiera librarle de la cárcel en que se siente preso, no pudiendo, en suma, dejar de lado ni un instante más el "problema objetivo", o sea el de la real existencia de un Dios eternizador, Unamuno, impaciente, lanza su desesperada afirmación: "¡Crear es crear!". Disparate quijotesco éste, aunque salido del alma, que ha producido y produce mil enredos, que sesudos teólogos y agudos críticos de la filosofía pesan y miden, tomándolo en serio como pieza de un posible "sistema", pero en el que Unamuno jamás creyó. Esta afirmación se sostiene en vilo un instante, como otras que el espíritu lanza buscando en el aire un punto de apoyo, pero cae pronto. Pasado el arrebato, generalmente Unamuno, ya más cuerdo, se pregunta, y él mismo se responde dolorosamente: "¿Existe Dios? Esa persona eterna y eternizadora... ¿es algo sustancial, fuera de nuestra conciencia, fuera de nuestro anhelo? He aquí algo insoluble, y vale más que así sea." Ese "vale más que así sea" explica, creo yo, mucho de



Unamuno. En suma, él está dentro del más cerrado inmanentismo; quiso salir de él, claro es, y por ello a veces parece que salió, pero no salió: su Dios es sólo, y siempre, su deseo de Dios.

En el fondo Unamuno estaba muy cerca de James Thompson, a quien solía citar entre "los más grandes poetas desesperados," el que escribió en *The City of Dreadful Night* (poema del que Unamuno tuvo noticias gracias, probablemente, a W. James) estas palabras: "There is no God ... This little life is all we must endure" (2) Pero lo extraño es que Unamuno ponga ese nombre no sólo junto a los de Leopardi o Senancour, sino también de Pascal y San Agustín. Ello es bien significativo. Es que para Unamuno la inquietud religiosa, desembocará en negación, duda o fe, siempre es lo mismo, siempre tiene idéntica base: no ya la desesperación, sino el vacío. Unamuno parece seguir a los que dudaron, pero él cree que éstos solo usaban máscara para engañarse; que levantaban, como los filósofos con sus teorías, un castillo ilusorio cuyo único fin era cubrir el hoyo de la muerte. Hay que dar al mundo "finalidad que no tiene," decía él en un discurso, poco antes de morir Pascal o San Agustín venían a ser para él, como D. Quijote, luchadores por la fe; y todos en el fondo como Thompson. Y si a todos los veía lo mismo, ello es porque a todos los veía como a sí: luchando para cubrir el vacío.

(del número de Zurgai "Especial poetas vascos", Diciembre de 1.990)

(2) Unamuno seguramente ignoró, pues de otro modo hubiera hecho mención de ello al referirse a su Bilbao, que ese desesperado J. Thompson estuvo en el norte de España, muy cerca de Unamuno en 1873, como corresponsal de guerra desde el campo carlista. De España regresó, según un biógrafo suyo, "in extremely depressed spirits.": y en una aldea española había concebido parte de su doloroso y más conocido poema, *The City of Dreadful Night*.